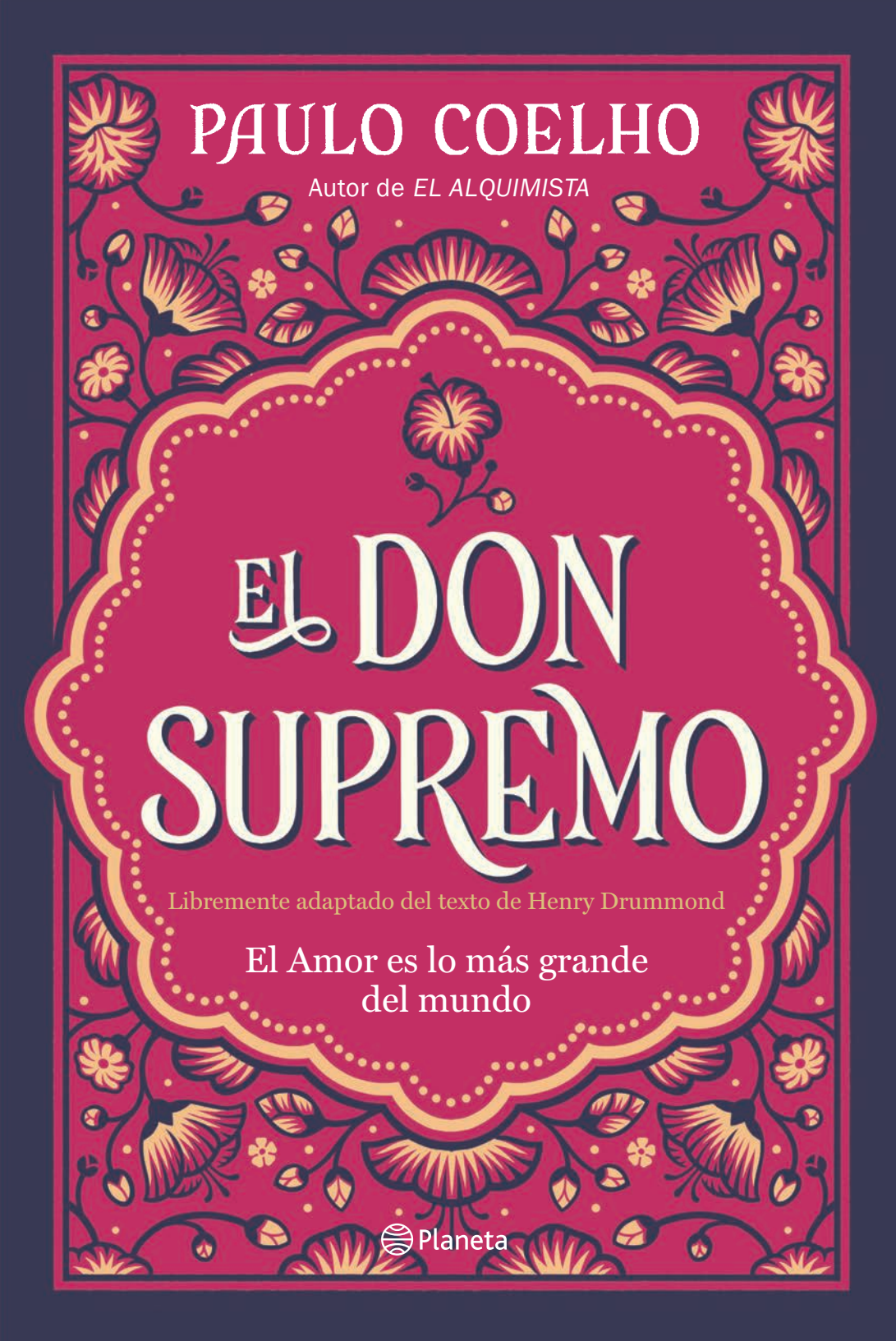




PAULO COELHO

Autor de EL ALQUIMISTA

EL DON SUPREMO

Libremente adaptado del texto de Henry Drummond

El Amor es lo más grande
del mundo

 Planeta

PAULO COELHO

EL DON
SUPREMO

Libremente adaptado del texto de
Henry Drummond

TRADUCCIÓN DE PILAR OBÓN

 Planeta

Título original: *O Dom Supremo*

© 1991, por Henry Drummond y adaptado por Paulo Coelho

<http://paulocoelhoblog.com>

Edición publicada de acuerdo con Sant Jordi Asociados Agencia Literaria S.L.U., Barcelona, España. www.santjordi-asociados.com. Todos los derechos reservados. Ventas autorizadas únicamente en Europa.

© por la traducción, Pilar Obón, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2015, 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015

Primera edición en esta presentación: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30963-5

Depósito legal: B. 14.642-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: MACROLIBROS, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



A finales del siglo pasado, una tarde fría de primavera, un grupo de hombres y mujeres, llegados de diversos lugares de Inglaterra, se reunieron para escuchar al predicador más famoso de aquella época. Estaban ansiosos por oír lo que el hombre tenía que decir.

Sin embargo, después de ocho meses recorriendo varios países del mundo en un cansado trabajo de evangelización, el predicador se sentía vacío. Observó a su pequeña audiencia, ensayó algunas frases y terminó por desistir. El Espíritu de Dios no lo había tocado aquella tarde.

Triste, sin saber qué hacer, se volvió hacia un joven misionero que estaba entre los presentes; no hacía mucho que el muchacho había regresa-

do de África, y quizá tuviera algo interesante que decir.

Así, pidió al joven que lo sustituyera.

Las personas reunidas en aquel jardín, en Kent, quedaron un poco desilusionadas.

Nadie sabía quién era el joven misionero; en realidad, ni siquiera era misionero. Había rehusado su ordenación como ministro porque no estaba seguro de que aquella fuera su verdadera vocación.

En busca de una razón para vivir, en busca de sí mismo, el muchacho había pasado dos años en el interior de África, entusiasmado con el ejemplo de aquellas personas que perseguían un ideal.

A la audiencia del jardín de Kent no le gustó el cambio. Habían ido hasta allí para escuchar a un predicador experimentado, sabio y famoso, y ahora se veían obligados a escuchar a un joven que, como ellos, todavía luchaba por encontrarse a sí mismo.

Pero Henry Drummond —ese era el nombre del muchacho— había aprendido algo.

Henry pidió a uno de los presentes que le prestara una Biblia y leyó un fragmento de la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios:



«Aunque hable la lengua de los hombres y la de los ángeles, si no tuviera Amor, sería como el bronce que suena, o como el címbalo que tañe.

»Aunque tenga el don de la profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia; aunque tenga una inmensa Fe, capaz de mover montañas, si no tuviera Amor, nada sería.

»Y aunque reparta todos mis bienes entre los pobres, y aunque entregue mi propio cuerpo para que sea quemado, si no tuviera Amor, nada de eso me serviría.

»El Amor es paciente, es benigno, el Amor no se consume en celos, no se vanagloria, no se enorgullece, no se conduce inconvenientemente, no busca sus intereses, no se exaspera, no se resiente del mal; no se alegra con la injusticia, sino que se regocija con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

»El Amor jamás acaba. Pero, habiendo profecías, desaparecerán; habiendo lenguas, cesarán;

habiendo ciencia, pasará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos.

»Pero cuando viera lo que es perfecto, lo que entonces lo fuera en parte será aniquilado. Cuando era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, pensaba como un niño. Cuando llegué a ser hombre, desistí de las cosas propias del niño.

»Porque ahora vemos como en un espejo con sombras, y entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, y entonces conoceré como soy conocido.

»Ahora, entonces, quedan la Fe, la Esperanza y el Amor.

»Estos tres.

»Pero, de ellos, el mayor es el Amor.»

Todos escucharon en respetuoso silencio, pero seguían decepcionados. La mayoría ya conocía el fragmento y ya había meditado largamente sobre él.

El muchacho podría haber elegido algo más original, más palpitante.

Cuando terminó de leer, Henry cerró la Biblia, miró al cielo y comenzó a hablar:



Todos nosotros, en algún momento, nos hemos hecho la misma pregunta que se han hecho todas las generaciones:

¿Qué es lo más importante de nuestra existencia?

Queremos emplear nuestros días de la mejor manera, pues ninguna otra persona puede vivir por nosotros. Entonces necesitamos saber: ¿hacia dónde debemos dirigir nuestros esfuerzos; cuál es el supremo objetivo que debe ser alcanzado?

Estamos acostumbrados a escuchar que el tesoro más importante del mundo espiritual es la Fe. En esta simple palabra se apoyan siglos de religión.

¿Consideramos la Fe lo más importante del mundo? Pues bien, estamos completamente equivocados.

Si creímos eso en algún momento, podemos dejar de creerlo.

El pasaje que acabo de leer nos ha llevado a los primeros tiempos del cristianismo. Y, como hemos visto, «*quedan la Fe, la Esperanza y el Amor. Estos tres. Pero, de ellos, el mayor es el Amor*».

No se trata de una opinión superficial de Pablo, el autor de estas líneas. A fin de cuentas, un instante antes él mismo habla de la Fe y dice:

«*Aunque tenga una inmensa Fe, capaz de mover montañas, si no tuviera Amor, nada sería*».

Pablo no evade el asunto; por el contrario, compara la Fe con el Amor. Y concluye:

«[...] de ellos, el mayor es el Amor».

Debió de haber sido muy difícil para él decir eso teniendo en cuenta que los hombres suelen recomendar a otros aquello que es su punto fuerte.

El Amor no era el punto fuerte de Pablo. Un estudiante observador notará que, a medida que envejecía, el apóstol se volvía más tolerante, más tierno. Sin embargo, la misma mano que escribió *«Pero, de ellos, el mayor es el Amor»* estuvo muchas veces manchada de sangre en su juventud.

Además, esa primera Carta a los Corintios no es el único documento que muestra el Amor como el *summum bonum*, el Don Supremo. Todas las obras maestras del cristianismo concuerdan en este punto.

Pedro dice:

«Sin embargo cuida, por encima de todo, el Amor intenso de unos para con los otros, porque el Amor cubre multitud de pecados».

Y Juan va más lejos:

«Dios es Amor».

Podemos leer, también, en otro texto de Pablo:

«El cumplimiento de la Ley es el Amor».

¿Por qué dice eso Pablo? En aquella época, los

hombres buscaban llegar al Paraíso cumpliendo los Diez Mandamientos y los centenares de otros mandamientos que habían creado con base en las Tablas de la Ley. Cumplir la Ley lo era todo. Era, incluso, más importante que vivir.

Entonces Cristo dijo: *«Voy a mostraros una manera más simple de llegar al Padre. Si la aprendéis, podréis hacer centenares de otras cosas sin temor de ofender a Dios.»*

»Amor.

»Si amáis, estaréis cumpliendo la ley, aunque no tengáis conciencia de ello».

Podemos comprobar por nosotros mismos que ese consejo funciona.

Tomemos cualquiera de los mandamientos:

«Ama a Dios sobre todas las cosas».

He aquí el Amor.

«No tomarás el nombre de Dios en vano.»

¿Osaríamos hablar superficialmente de alguien a quien amamos?

«Santificarás las fiestas.»

¿No estamos muchas veces ansiosos, esperando el día de encontrarnos con quien amamos para de-

dicarnos al Amor? Entonces, si amamos a Dios, su-
cederá lo mismo.

El Amor exige que obedezcamos todas las leyes
de Dios.

Cuando un hombre ama no es necesario exigirle
que honre a su padre y a su madre o que no mate.
Exigir que no robe al hombre que le desea el bien
a su prójimo es una ofensa: ¿cómo podría robarle a
alguien a quien ama? Y sería superfluo pedirle que
no levante falsos testimonios, pues jamás haría eso,
como sería incapaz de desear a la persona que otro
ama.

Por lo tanto, «*el Amor es el cumplimiento de la
Ley*».

El Amor es la regla que resume todas las otras
reglas.

El Amor es el mandamiento que justifica todos
los otros mandamientos.

El Amor es el secreto de la vida.

Pablo lo aprendió y nos dio, en la carta que he-
mos leído hace un momento, la mejor y más impor-
tante descripción del *summum bonum*, el Don Su-
premo.

Pablo comienza a comparar el Amor con otras cosas que, en su tiempo, tenían mucho valor para los hombres.

Lo compara con la elocuencia; un don noble, capaz de tocar el corazón y la mente de los seres humanos y estimularlos para que realicen importantes tareas sagradas o aventuras que van más allá de los límites. Pablo se refiere a los grandes predicadores, y dice:

«Aunque hable la lengua de los hombres y la de los ángeles, si no tuviera Amor, sería como el bronce que suena, o como el címbalo que tañe».

Y todos sabemos por qué. Muchas veces escuchamos lo que parecen ser grandes ideas para transformar el mundo. Pero son palabras dichas sin emo-

ción, vacías de Amor, y por eso no nos tocan, por más lógicas e inteligentes que parezcan.

Pablo compara el Amor con la Profecía. Lo compara con los Misterios. Lo compara con la Fe. Lo compara con la Caridad.

¿Por qué el Amor es más importante que la Fe?

Porque la Fe es apenas un camino que nos conduce al Amor Mayor.

¿Por qué el Amor es más importante que la Caridad?

Porque la Caridad es apenas una de las manifestaciones del Amor. Y el todo es siempre más importante que la parte. Además, la Caridad también es solo una senda, uno de los muchos caminos que el Amor utiliza para hacer que un hombre se una a su prójimo.

Y, como todos sabemos, existe mucha Caridad sin Amor. Es muy fácil lanzarle una moneda a un pobre en la calle. Generalmente es más fácil hacerlo que no hacerlo.

Dejamos de sentirnos culpables por el cruel espectáculo de la miseria.

¡Qué gran alivio por solo una moneda! Es barato para nosotros y resuelve el problema del mendigo.

Sin embargo, si realmente amáramos a aquel pobre hombre, haríamos mucho más por él.

O no haríamos nada. No le daríamos la moneda y —¿quién sabe?— nuestra culpa por aquella miseria podría despertar el verdadero Amor.

Pablo compara entonces el Amor con el sacrificio y el martirio. Y yo suplico a quienes desean algún día trabajar por el bien de la humanidad: que jamás olviden que, aunque sus cuerpos sean quemados en nombre de Dios, si no tienen Amor, no servirá de nada. ¡De nada!

No se puede dar nada más importante que el reflejo del Amor en sus vidas. Ese es el verdadero lenguaje universal, que nos permite hablar chino o dialectos de la India. Si algún día vais a esos lugares, la elocuencia silenciosa del Amor hará que seáis entendidos por todos.

Hace poco estuve en el corazón de África, cerca de los Grandes Lagos. Ahí entré en contacto con hombres y mujeres que recordaban con cariño al

único hombre blanco que habían conocido: David Livingstone. Y, mientras yo seguía sus pasos por el Continente Negro, sus rostros se iluminaban cuando me hablaban sobre un doctor que había pasado por ahí tres años antes. No podían comprender lo que Livingstone les decía, pero sentían el Amor que estaba presente en su corazón.

Llevad con vosotros ese mismo Amor, y el trabajo de vuestras vidas estará plenamente justificado.

Cuando habléis de Dios y del mundo espiritual, no podréis poseer nada más elocuente que eso. De nada sirve seguir adelante llevando relatos de milagros, testimonios de Fe, bellas oraciones. Si tenéis todo eso y os olvidáis del Amor, de nada os servirá tanto esfuerzo.

Porque vosotros podéis lograrlo todo, podéis estar listos para cualquier sacrificio.

Pero si entregáis vuestros cuerpos para que sean quemados y no tenéis Amor, eso no tendrá significado ni para vosotros ni para la causa de Dios.